

ANAGNÓRISIS ANTROPOFÍSICA

José Luis Vera Cortés*

A Catarina

EL TIEMPO ES LA ESTRUCTURA DE LAS POSIBILIDADES

Pertinente nota aclaratoria (Donde se establece cómo, no obstante formar parte del grupo privilegiado que aborda GAIA durante la recepción del nuevo milenio, el tránsito a él, no implica intrínsecamente una transformación hacia un estado de bienestar, progreso o toma automática de conciencia).

Hace ya algunos años José Emilio Pacheco escribió una frase, que no por simple resultaba menos estremecedora, en ella afirmaba que en unos cuantos años todos seríamos del siglo y del milenio pasado. Hace diez años aproximadamente, Xabier Lizarraga escribió una frase que por más de un motivo llamó mi atención e hizo que se me quedara permanentemente grabada en la memoria. Decía que a pocos años del siglo XXI, que para muchos suponía la cristalización de utópicas fantasías, nuestra cotidianidad se hallaba plagada de dogmatismos asfixiantes, de rubores de opereta que pauperizaban los universos plurales del placer.

Se entenderá que una frase con semejante estructura y contenido no pasa fácilmente inadvertida. En ella, sin embargo, se hacía referencia a dos momentos, uno por venir, caracterizado por algún motivo, al menos vago, como aquél donde nuestros deseos más profundos de ser seres mejores, se cristalizarían por el mero hecho de traspasar

* Dirección de Antropología Física, INAH.

una barrera temporal. También se refería al momento actual, caracterizado por una visión dogmática sobre nuestra visión del mundo que, de mantenerse, impediría llegar a tan promisorio futuro. Dado que el presente no tiene sentido sin la perspectiva del antes y el después, faltaba en nuestra frase una referencia al pasado.

Decía Borges que si el paraíso existe, debe ser el lugar donde somos capaces de deshacernos de nuestros recuerdos, y el infierno el sitio donde nuestros recuerdos nos atormentan. Prefiero, reconociendo el carácter histórico de nuestra disciplina, realizar un breve, pero espero ilustrador, paseo, por nuestros recuerdos, para así reconocer lo que somos y, por así decirlo, olvidarnos del olvido. Prefiero realizar una serie de reflexiones, no de cara a un futuro míticamente definido, sino a un presente y pasado, si no heroicos, al menos claros, o como afirmara Efraín Huerta respecto de los planes:

Todos
Lo hacen
Para un
Borroso futuro

Yo lo hago
Para un
Siniestro
Pero clarísimo
Pasado.

No niego que reflexiones, como las que plantearé, permitan realizar a su vez una proyección a futuro.

Por otro lado, el tiempo al que hacían referencia, tanto Pacheco como Lizarraga, está por llegar, y creo que para bien o para mal, cuando esto suceda seremos fundamentalmente los mismos, no se habrá operado ninguna mágica transformación por el solo hecho de franquear una barrera temporal.

El conjunto de reflexiones se refiere a varios temas que considero han sido ejes centrales explícitos e implícitos a lo largo de la historia de la antropología física. Algunos de ellos tienen que ver con la enunciación del objeto, otros con supuestos atributos de éste, y algunos más con problemas metodológicos derivados de los dos anteriores. Sin más rodeos empiezo con el primero.

EL CUERPO

(Donde se cuenta cómo el cuerpo ha sido eje fundamental en la discusión antropofísica, aun cuando en ocasiones no existe un discurso explícito de él; donde se caracterizan las etapas paradigmáticas de análisis y donde se afirma la necesidad de abordar el cuerpo desde una perspectiva de corte fenoménica).

INTRODUCCIÓN

La inmensa mayoría de las definiciones de antropología física a lo largo de su historia involucran, ya directamente, ya tácitamente, al cuerpo como eje rector de la labor antropofísica, o retoman algunos de los atributos corporales: variación, cambio onto y filogenético, clasificación, etcétera. Y es que el cuerpo en la antropología física ha sido el elemento fundamental en la búsqueda de lo que nos hace humanos.

Independientemente de que reconozcamos variantes geográficas o escuelas del quehacer antropológico, la disciplina no está definida solamente por el objeto-sujeto de estudio, en este caso el *Homo sapiens*, sino por involucrar atributos del objeto, tales como su variación, cambio, crecimiento, desarrollo, nutrición, evolución, etcétera, así como también por formas específicas de analizar y evaluar dichos caracteres; es decir, por un *corpus* teórico que confiere especificidad e identidad disciplinar a la antropología física.

Como afirma don Pedro Laín Entralgo, la actualidad de la concepción científica del cuerpo humano se inicia cuando la virtualidad histórica de todas las concepciones científicas anteriores se hace patente en otra que, comprensiva y simultáneamente, las asume. En este sentido, las formas de evaluar y analizar el cuerpo humano desde la antropología física involucra de modo no excluyente no sólo a las diferentes formas paradigmáticas de hacerlo en el interior de la misma disciplina, sino también en muchos casos a las formas de análisis nacidas en *corpus* teóricos reconocidos en la actualidad como diferenciados, pero indistintos mientras más nos aproximemos a los orígenes de la disciplina; es decir, medicina, biología, filosofía, antropología física, entre otras, difuminan sus límites en los orígenes de esta última.

Los paradigmas

Aun cuando la noción de paradigma, cuyo significado moderno propuesto por Kuhn, ha tomado no menos de ochenta matices distintos, utilizo aquí, por considerarlo operativo, el concepto en su acepción tradicional; es decir, como un conjunto de teorías, métodos y técnicas generalmente avalados por una comunidad científica, cuya función es la de orientar la labor de la propia comunidad que lo avala.

En ese sentido, la propuesta fundamental de esta comunicación es que a lo largo de la historia de la antropología física, el cuerpo ha sido el eje fundamental de análisis, y que para su evaluación un conjunto de teorías, métodos y técnicas han jugado el papel de nociones paradigmáticas, que en función del estado de desarrollo de la antropología, han servido no sólo como ejes analíticos, sino como orientadores del quehacer de los antropólogos, en función de lo que se consideraba era la labor fundamental de la ciencia en sus diferentes momentos históricos.

Matizo: en la actualidad afirmamos que el conocimiento científico se diferencia de otras formas de conocimiento por la aplicación del método hipotético-deductivo y por la demostración de sus premisas vía la experimentación, donde en muchos casos experimentar es medir. Sin embargo, el conocimiento científico no se ha caracterizado durante todo su desarrollo por los rasgos antes mencionados; por ejemplo, en el inicio de la historia natural, fuente de las actuales ciencias de la vida, la premisa era: la naturaleza es como un libro abierto, un libro que puede ser leído, pero antes es necesario decodificar el lenguaje en que está escrito. La labor fundamental del naturalista era precisamente la de decodificar el lenguaje natural, pero más que eso, era describir y clasificar los hechos de la naturaleza. Menciono como ejemplo a la historia natural, pues en ella se gestaron algunas formas paradigmáticas de aproximación al cuerpo, que eran en consecuencia fundamentalmente descriptivas y clasificatorias.

Si bien estas nociones paradigmáticas pervivieron, su función se modificó, constituyéndose en técnicas al servicio de nuevas herramientas teóricas cuya función, si bien involucraba a la descripción y clasificación, intentaba acceder al nivel de las explicaciones, que no era más que intentar poner de manifiesto las relaciones causales de

los hechos de la naturaleza. Sabemos de la importancia de la búsqueda de relaciones causales en la ciencia moderna.

Identifico cuatro etapas paradigmáticas en el estudio del cuerpo realizado por la antropología física; se trata de etapas no excluyentes unas de otras, con orígenes diversos. Las enuncio a continuación e intento caracterizarlas brevemente:

1. Paradigma anatomofuncional.
2. Paradigma dimensioproporcional.
3. Paradigma biomecánico.
4. Paradigma morfo genético.

Paradigma anatomofuncional

Como su nombre lo indica, el paradigma anatomofuncional involucra e integra dos visiones del cuerpo que a lo largo de la historia de la ciencia no siempre estuvieron unidas. Como han afirmado algunos autores, la anatomía ha sido víctima de su propio nombre: cortar o disecar. Descripción de lo que la disección hace ver en el cadáver. Se trata éste, probablemente, del primer paradigma del cuerpo en el sentido moderno. Sus inicios, aun cuando generalmente se invoca a Galeo, podemos encontrarlos hacia el siglo XVI con una doble raíz: por un lado, el arte y, por otro, la ciencia. Dos objetivos unidos por un conocimiento detallado de la anatomía humana. Por una parte, el intento por representar cada vez más fielmente y con mayor detalle el cuerpo en el arte y, por otra, un intento por descubrir y decodificar el lenguaje de la naturaleza. Vesalio se convertiría mediante la premisa anterior en el padre moderno de la anatomía. Aunque sea necesario mencionar nombres como Braus o el mismo D'Arcy Thompson, para entender las diferentes vertientes involucradas con el estudio de las formas.

Casi de inmediato la relación forma-función se convertiría en un complejo necesario para el entendimiento del cuerpo. El planteamiento de dicha relación introdujo en los trabajos morfológicos un criterio dinámico, vía la incorporación de la fisiología. A partir del análisis de las formas se pueden inferir las funciones del cuerpo, y viceversa, las funciones corporales requieren para llevarse a cabo de determinadas formas que las posibiliten.

Sería en realidad hasta el primer tercio del presente siglo cuando la anatomía y la fisiología se integran en profundidad, constitu-

yendo el paradigma anatomofuncional. La enunciación de las funciones de configuración y las funciones de actividad interna, permitieron romper definitivamente con el estatismo de la anatomía clásica y, por otro lado, posibilitaron una real integración de ambas disciplinas al no considerar a la fisiología como mero epifenómeno de la anatomía y viceversa.

Uno de los rasgos distintivos del paradigma anatomofuncional a lo largo de su historia fue la excesiva fragmentación y atomización del cuerpo, procedimiento finalmente acorde con la racionalidad involucrada con el pensamiento analítico de tan amplia importancia en el pensamiento científico occidental. El penetrar lo más profundamente al cuerpo humano, descubriendo sus reglas y funcionamientos que, de otra forma, se mantendrían ocultos a los sentidos, se convertiría en el objetivo fundamental de esta noción del cuerpo.

Paradigma dimensioproporcional

Este es uno de los paradigmas con más tradición en el ámbito de la disciplina, aunque en la actualidad pudiera considerarse meramente como una técnica que permite la valoración de determinados rasgos corporales en las poblaciones humanas; inicialmente fue una de las herramientas fundamentales para la descripción y clasificación del cuerpo. Sus inicios como herramienta para la antropología física deben buscarse en el desarrollo de la historia natural. Sin embargo, parte de su desarrollo se ubica no en el campo del pensamiento científico, sino en el del arte, aun cuando sus fines se centran en un objetivo distinto que, por otro lado, supone el conocimiento del cuerpo humano. La noción de proporcionalidad presente en la obra de artistas como Alberto Durero y sus *Cuatro libros de la simetría del cuerpo humano*, particularmente el capítulo llamado «Primera técnica para la medición del cuerpo humano», o en las proporciones humanas y celestes realizadas por artistas como Leonardo, entre otros, aproxima el discurso del arte del siglo XVI a la sistematicidad que posteriormente caracterizaría a la ciencia.

La noción de proporcionalidad corporal, tan importante en el nacimiento de esta forma de evaluación del cuerpo, sería pronto completada por la de medida, de enorme trascendencia en el pensamiento científico contemporáneo.

Una de las cualidades básicas del cuerpo, en tanto que material, es compartir con la materia la propiedad de extensión, de forma tal que como afirma la teoría de la medición: ciertos rasgos de la materia, en este caso del cuerpo, pueden ser sustituidos por un valor numérico, el cual debe ser capaz de representar dicho atributo.

La introducción humana de la estadística y la probabilidad durante el siglo XVIII al campo de las ciencias terminaría por dar carácter propio al paradigma dimensioproporcional. El concepto de normalidad estadística surgiría pronto, y con él, la búsqueda de una quimera: el hombre normal.

La idea básica de este paradigma es que mediante la sustitución de determinados rasgos corporales por valores numéricos, se puede determinar el «comportamiento poblacional» de esos caracteres, permitiendo de esta forma la compartimentalización de subtipos que naturalmente permitiera la clasificación de los grupos humanos en tipologías raciales o en tipos funcionales. La correlación de las diferentes medidas o proporciones de los sujetos permitiría, además, la construcción de tipologías basadas ya no sólo en los valores absolutos proporcionados por la métrica, sino la construcción de valores o tipologías relativas, producto de los índices antropométricos.

Así, además de las nociones de proporcionalidad y medida, y de la incorporación de la estadística y probabilidad, el desarrollo de las técnicas antropométricas en sus vertientes osteo y somatométricas, significó la consolidación de este paradigma como la herramienta teorico-metodológica con más tradición en el pensamiento antropofísico, como la noción misma de evolución.

Paradigma biomecánico

Aunque esta noción paradigmática en sentido estricto podría considerarse como una ligera variante del paradigma anatomofuncional, la noción de cuerpo en movimiento que involucra, justifica su separación del paradigma antes mencionado.

El origen del paradigma biomecánico se encuentra estrechamente unido al inicio del pensamiento de René Descartes, fundamentalmente a su pensamiento mecanicista. Como afirmara F. Jacob, para la época de Descartes, no podemos hablar de biología, pues la concepción de vida que confiere a la biología actual su modernidad, no existía en el siglo XVI. Así, los organismos, y particularmen-

te sus cuerpos, eran considerados meramente como máquinas complejas, cuyos movimientos podían ser explicados en términos de fuerzas, poleas, ángulos y en general mecanismos, sólo un poco más complejos que los presentes en las máquinas elaboradas por los seres humanos.

El paradigma biomecánico se desarrolló siguiendo fundamentalmente dos vías: una de ellas vinculada con el estudio de las formas de locomoción de nuestros parientes vivos más próximos, como los primates no humanos, así como de nuestros ancestros más recientes. Ambos con el objetivo de entender el surgimiento de rasgos tan típicamente humanos como la bipedestación. Por otro lado, se desarrolló un enfoque relacionado con el intento de funcionalizar determinadas actividades laborales o deportivas, también la readecuación de los espacios vinculados con ciertas prácticas corporales.

Se trata, claramente, de una aproximación dinámica al cuerpo que, aunque descriptiva y funcional, es fundamentalmente, por este último hecho, explicativa desde sus más remotos orígenes. Su vínculo con una visión fisicalista de la vida es en buena medida responsable de ello.

Paradigma morfogenético

Por último, el paradigma morfogenético, el más reciente en constituirse como tal, y el de mayor complejidad por cuanto supone en gran medida al resto, pone el énfasis en el origen de las formas, pero más en el proceso de generación de formas. En ese sentido, resulta una visión totalmente dinámica, aun cuando como todo discurso científico, suponga un nivel descriptivo, que en este caso se ve opacado por el nivel explicativo presente en el paradigma morfogenético.

El proceso de morfogénesis, involucra al menos a tres procesos diferenciados, que sin embargo se entremezclan.

1. Morfogénesis ontogenética.
2. Morfogénesis filogenética.
3. Morfogénesis molecular.

Los dos primeros tipos desarrollados fundamentalmente durante el siglo XIX y parte del XX, se vieron completados por la re-

volución que supuso en el siglo pasado el concepto de morfogénesis molecular.

La morfogenia de un cuerpo introduce a la vez tres niveles de integración: por un lado, obedece a lo inscrito en el código genético, código que, aunque es a su vez producto de la evolución, parece presentar carta de identidad propia. Así pues, lo inscrito en el código genético generará una morfología determinada, que luego podrá verse modificada a lo largo del tiempo histórico involucrado en la morfogénesis ontogenética. Por último, la suma de procesos ontogenéticos modificados tendrá consecuencias en la morfogénesis filogenética, que será a su vez causa de modificaciones de los procesos de morfogénesis molecular y ontogenética, cerrándose de esta forma un ciclo de recursividad.

Las técnicas relacionadas con el paradigma morfogenético son enormemente variadas, pues además de involucrar a las herramientas de los paradigmas anteriores, desarrolla las propias, que en ocasiones aportan información con bajo índice de contrastabilidad con lo aportado a su vez por las técnicas tradicionales.

Sobre la necesidad de un enfoque experiencial del cuerpo

El cuerpo estudiado por la antropología física es, sin embargo, la imagen especular del cuerpo propio, es las más de las veces un cuerpo ajeno, por cuanto el objetivo de la antropología física ha sido el estudio de la alteridad que permita por mero antagonismo vernos a nosotros mismos reflejados en el otro.

La información que obtenemos del estudio del cuerpo de la alteridad es, por supuesto, información carente de los referentes derivados de poseer, estar contenidos por o ser un cuerpo; es decir, de los referentes que nos hacen no sólo organismos vivos, sino sujetos con motivaciones, deseos, emociones, etcétera; de los atributos que nos hacen individuos.

Considero que la introducción de un enfoque experiencial del cuerpo, merece la pena por más de un motivo. Si bien es cierto que un enfoque de ese tipo retoma a la autopercepción, la incapacidad de trascender nuestra propia individualidad respecto de nuestras vivencias corporales, justifica la necesidad de aproximarnos a esos enfoques considerados de inicio como poco objetivos.

LA VARIABILIDAD Y LAS CLASIFICACIONES

(Donde se cuenta cómo la variabilidad ha sido eje fundamental de estudio de la antropología física y cómo indirectamente su referente ha sido la dupla identidad-alteridad, así como uno de los ejes de discusión se refiere a su continuidad y discontinuidad. Donde se cuenta además cómo a lo largo de su historia, la antropología física se ha visto fuertemente imbuida en una problemática descriptiva y clasificatoria, al más puro estilo de la historia natural).

La antropología se constituyó como disciplina científica con el objetivo de estudiar la otredad, es decir, la alteridad tenue, pero también la alteridad radical, de ahí que los monstruos y demás seres fantásticos, y algunos no tan fantásticos como los primates, hayan sido objeto de estudio de la antropología.

La alteridad nos habla, en más de un sentido, de nosotros mismos, el «otro» no tiene sentido para la antropología sino por mero antagonismo. De igual modo, la «mismidad» es una categoría absolutamente artificial si no cobra significación por la existencia de la alteridad.

Una de las áreas de la antropología, la física, intenta también caracterizar al hombre, pero lo hace desde la corporeidad del ser humano, es decir, estudia de éste su variabilidad corporal y la interpreta como producto de la interacción de la biología humana con su entorno.

En sus inicios la antropología física se desarrolló fuertemente imbuida en las ideas fundamentales de la historia natural: la naturaleza era considerada como un libro abierto que era susceptible de ser leído, pero para hacerlo era necesario decodificar el lenguaje en que estaba escrito. La labor fundamental de los naturalistas era tratar de entender el lenguaje natural y tratar de reconocer en él un orden intrínseco. Por ello, la descripción y la clasificación fueron consideradas como dos herramientas fundamentales en dicha empresa. En ese contexto, el ser humano y, más explícitamente, la alteridad fueron descritos y clasificados. Ello permitió a los naturalistas el establecimiento de fronteras que facilitarían la delimitación entre la alteridad y la propia identidad.

Inicialmente la descripción y clasificación se realizaron bajo los parámetros implícitos en uno de los primeros métodos de clasificación naturalista: la escala natural de los seres o *scala naturae*. Los

parámetros fundamentales de dicho modelo eran la noción de jerarquía natural, el teorema de completud o plenitud (el mundo está formado por todos los seres posibles) y los principios de continuidad y gradación (al ordenar a los seres, sus límites se sobrepondrán siempre, por lo que la transición de unos a otros será de forma gradual).

Podemos reconocer dentro de dicho método de clasificación dos versiones básicas:

1. Una cósmica, donde el ser humano se encuentra a medio camino de la escala, por un lado se encontrarían todos los seres materiales y, por el otro los inmateriales que culminaban con la divinidad. El ser humano fungía en dicha versión como eslabón intermedio que permitía «engazar» ambas realidades.

2. Otra naturalista donde sólo se clasificaban seres materiales y el hombre ocupaba la cúspide de dicha jerarquía natural. En esta versión el hombre renunciaba a la posibilidad de ser poseedor de una naturaleza *cuasi* divina, pero en pago ocupaba el lugar de honor dentro de la jerarquía natural.

Aunque la historia natural dejó de existir como tal, muchos de sus fundamentos permanecieron en las áreas de conocimiento que se derivaron de ella: la biología y la antropología, que aun cuando en ocasiones traslapan sus campos de conocimiento, presentan sus propios campos de racionalidad. La significación de lo humano dejó de ser buscada estrictamente en los campos descriptivos y clasificatorios, lo humano no fue más únicamente una categoría taxonómica.

La antropología, aun describiendo la diversidad corporal como una primera aproximación, intentó explicar sus causas. Sabemos de la importancia del establecimiento de relaciones causales de la realidad en el intento de las ciencias por dar explicaciones a los fenómenos ante los que se enfrenta.

Sobre el concepto de frontera móvil

Definir para caracterizar, caracterizar para delimitar, delimitar para excluir. Decir lo que somos para, al mismo tiempo, explicitar lo que no somos. Establecer fronteras entre las cuales podamos reconocer, en la diferencia, una identidad común, aun cuando, como afirma Heidegger, la única relación de identidad posible se expresa bajo

la fórmula $A=A$, es decir, la expresión mínima, pero también máxima de la relación de identidad sólo puede expresarse diciendo que «Yo» soy igual a mí mismo, o «Tú» igual a ti mismo, etcétera.

En este contexto, la alteridad, tenue o radical niega en sí misma la posibilidad de hablar de identidad entre los elementos integrantes de un todo, pero no la posibilidad de establecer o construir una identidad colectiva, donde enumeremos atributos necesarios y suficientes que permiten la identificación de la variación bajo un rubro común.

De esta forma, al definirnos nos caracterizamos, estableciendo en una misma operación racional fronteras que se constriñen o ensanchan al ritmo de los juicios y preconcepciones de los diferentes grupos humanos a lo largo de su historia. Hablamos, pues, de fronteras móviles, cuya existencia y movilidad reflejan nuestra incertidumbre respecto de lo que somos. El concepto de frontera móvil que pretende delimitarnos, nos muestra cómo hablamos, al nombrarnos, de objetos contruidos. Cuanta razón tenía Foucault al afirmar que el hombre es sólo una invención reciente de nuestra racionalidad y que desaparecerá cuando encontremos una nueva forma.

Sobre el concepto de variabilidad

El estudio de las semejanzas y diferencias de los seres humanos ha sido a lo largo de la historia de la antropología física su motivo de existencia, sin embargo, las diferencias se manifiestan en diferentes niveles organizativos y bajo esquemas estructurales distintos. Hablamos de diferencias en las secuencias de bases de los ácidos nucleicos, de polimorfismos proteínicos, de diferencias morfológicas internas y externas, de diferentes formas o patrones adaptativos, de comportamientos distintos, de formas de organización social diferentes, de diferentes especies...

Así, aunque nos referimos a distintas formas de variación, solemos denominarla indistintamente con los nombres: diversidad, variabilidad, disparidad, etcétera. ¿Se trata sólo de diferentes nombres para un mismo fenómeno y, por lo tanto sólo basta con el acuerdo de la comunidad respecto del contenido semántico de cada término? Creo que no, en ciencia los nombres no son solamente parte de sistemas nomenclaturales, los nombres denotan conceptos, aun cuando sabemos que, por otro lado, permiten y facilitan la comunicación

como una función alterna a la conceptual, de esa forma la existencia de los diversos términos mencionados hacen referencia a los diferentes niveles organizativos en los que se manifiestan las diferencias y, por lo tanto, su existencia es pertinente.

Por otro lado, la forma como normalmente describimos la variabilidad, respecto a su manifestación entendida en términos de continuidad o discontinuidad, requiere algunos comentarios breves referidos no a la forma como efectivamente se manifieste la variabilidad, sino a las causas a partir de las cuales las describimos de una u otra manera.

Una de las herramientas básicas para explicar los patrones de variabilidad, ha sido la teoría evolutiva en sus diferentes vertientes; sin embargo, los antecedentes y el contexto en el que se generó el moderno evolucionismo se caracterizó desde sus inicios si no por visiones fijistas del mundo, sí por esquemas gradualistas de cambio, como el implícito en la ya mencionada escala natural de los seres. Por otro lado, los mecanismos fundamentales responsables de la variación y fijación de caracteres en el esquema neodarwinista, son mecanismos que casi por definición excluyen la posibilidad de cambios de gran magnitud.

De esta forma, al enfrentarnos a los diferentes patrones de variación, si la herramienta de análisis es el evolucionismo neodarwinista, los describiremos como resultado de secuencias graduales de cambio, y sus implicaciones en el proceso de clasificación será el establecimiento de barreras artificiales entre los patrones de variación. La variación clinal, al menos en nuestra especie, no parece ser la forma más común de expresión de la variabilidad, sobre todo cuando el flujo génico y la dinámica reproductiva de las poblaciones contemporáneas son los que son.

SOBRE EL CAMBIO

(Donde se cuenta cómo algunas concepciones de cambio involucran tipos en los que operan mecanismos distintos y de cómo su reconocimiento es importante para explicar el significado de los cambios en el fenómeno humano). Empecemos por el concepto mismo de cambio. Algunos autores lo definen como una sucesión de diferencias en el tiempo en una entidad persistente.

Mediante la utilización en la definición de tres elementos básicos (diferencia, tiempo y entidad persistente) diferenciamos el cambio de lo que podría denominarse movimiento e interacción; sin embargo, parecería que es sólo la magnitud de cambio la que ocasiona los diferentes niveles de transformación de las entidades, en este caso, de las manifestadas en nuestra especie.

De esta forma, los procesos macroevolutivos no serían más que el resultado de la acumulación de variabilidad intraespecífica. Esta es, claro, una posibilidad; la otra es aceptar que los diferentes niveles evolutivos son reales y no sólo formales y que puede existir entre ellos algún tipo de desacoplamiento. Esta segunda postura reconoce dos tipos de cambio: el reajuste para mantener el equilibrio de un sistema y el cambio de tipo como responsable de la transformación de un sistema en otro.

En el neodarwinismo quedan claramente diferenciados ambos tipos de cambio, aunque en el fondo no sea más que una distinción formal: el reajuste representado por el proceso de adaptación y el segundo por la especiación.

En una visión como la anterior lo que provoca el cambio de identidad no es sólo su magnitud vía la acumulación de pequeñas variables, sino el tipo de transformación. Al considerar la existencia real de ambos tipos de cambio, los mecanismos asociados son distintos y son ellos los que confieren la diferencia a tal esquema: el reajuste se asocia normalmente con procesos deterministas, léase selección natural, mientras que los asociados con el cambio de tipo, se relacionan con factores vinculados con el indeterminismo. En el caso del evolucionismo asociados con la deriva génica.

Como fácilmente podrá deducirse de lo anterior, una discusión sería involucra necesariamente un debate sobre los niveles de análisis derivados del reconocimiento de la realidad de los diferentes niveles de organización, de las jerarquías evolutivas, así como de la transdisciplina.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Sería pretencioso intentar dar por finalizado el conjunto de reflexiones presentadas; algunas, es cierto, son sólo un esbozo de temáticas

que han de desarrollarse con mucho mayor detenimiento. Algunas otras son parte de un proyecto mayor de investigación sobre las nociones del cuerpo presentes en nuestra disciplina.

De cualquier forma, independientemente de la frontera temporal a la que nos acercamos, la reflexión epistémica sobre la antropología física se refiere no sólo al nivel retórico como podamos construir nuestros discursos, nivel que, por otro lado, hemos dejado de lado, sin darnos cuenta que es tan importante lo que decimos, como la forma de decirlo. Reflexiones de este tipo deben repercutir de manera importante en la práctica, entendida ésta, en su sentido más amplio.

Este trabajo fue elaborado gracias a la ayuda del CONACYT, proyecto Epistemología del cuerpo, referencia J-28644.

REFERENCIAS

D'ARCY, THOMPSON

1961 *On Growth and Form*, Cambridge University Press.

DURERO, ALBERTO

1987 *Los cuatro libros de la simetría del cuerpo humano*, UNAM, México.

JACOB, FRANÇOISE

1986 *La lógica de lo viviente*, Salvat, México.

LAÍN, PEDRO

1995 *Alma, cuerpo, persona*, Círculo de Lectores, España.

